

MIÉRCOLES DE LA SEMANA XXII DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo A)

Lucas 4, 38-44

En aquel tiempo, al salir Jesús de la sinagoga, entró en la casa de Simón. La suegra de Simón estaba con fiebre muy alta y le rogaron por ella. El, inclinándose sobre ella, increpó a la fiebre, y se le pasó; ella, levantándose enseguida, se puso a servirles. Al ponerse el sol, todos cuantos tenían enfermos con diversas dolencias se los llevaban, y él, imponiendo las manos sobre cada uno, los iba curando. De muchos de ellos salían también demonios, que gritaban y decían: «Tú eres el Hijo de Dios». Los increpaba y no les dejaba hablar, porque sabían que él era el Mesías. Al hacerse de día, salió y se fue a un lugar desierto. La gente lo andaba buscando y, llegando donde estaba, intentaban retenerlo para que no se separara de ellos. Pero él les dijo: «Es necesario que proclame el reino de Dios también a las otras ciudades, pues para esto he sido enviado». Y predicaba en las sinagogas de Judea.

En este breve pasaje, vemos dos aspectos esenciales del ministerio de Jesús: la compasión y el anuncio.

En primer lugar, Jesús muestra su compasión al sanar a la suegra de Simón, que estaba enferma con fiebre. Su respuesta inmediata a la necesidad de sanación revela su amor y preocupación por las personas que sufren. Jesús no solo cura su enfermedad, sino que la levanta, restaurándola a su pleno vigor. Este acto de sanación nos recuerda que Jesús se preocupa por nuestras aflicciones y está dispuesto a traernos sanación y restauración.

En segundo lugar, Jesús nos muestra su compromiso con el anuncio del Reino de Dios. A pesar de las múltiples demandas de la gente que busca sanación y liberación, Jesús insiste en que debe ir a otras ciudades para predicar la Buena Nueva del Reino. Su misión no se limita solo a la sanación física, sino que va más allá, ofreciendo la esperanza de la salvación y la vida eterna.

Este pasaje nos desafía a seguir el ejemplo de Jesús en nuestra propia vida.

Nos pregunta si mostramos compasión hacia los que sufren, a ser instrumentos de sanación en un mundo herido. Pero más que satisfacer solamente necesidades físicas, también se trata de ofrecer la esperanza y la confianza en Dios a través de nuestro testimonio y nuestro servicio.

Nos pregunta también si con nuestras palabras y nuestras acciones, anunciamos que Jesús es el salvador, dando personal testimonio de que Jesús es en quien tenemos puesta nuestra confianza y nuestra esperanza.